

Por qué es importante la Biblia para la fe cristiana? (Sergio Silva ssc)

1. Algo de mi experiencia personal

Parto contando un poco mi experiencia personal, no sólo porque a los viejos nos gusta recordar el pasado, sino sobre todo -creo- porque me ayuda a comprender lo que ha pasado con la Biblia en la iglesia.

En mi infancia, la Biblia ocupaba muy poco lugar en la vida cristiana del laicado. En las misas se leía una “epístola” (un pasaje de las cartas del Nuevo Testamento) y un evangelio. Pero se leía en latín. Y luego el sacerdote predicaba sobre lo que quería. Recuerdo un caso que causó mucha molestia en mi familia, cuando yo tenía 7 u 8 años. Un domingo, el sacerdote predicó acerca de los nombres con que los progenitores pedían que fueran bautizados sus hijos. Y despotricó contra los que les querían poner “nombres de perros, como Sonia”. La molestia fue porque la hija de unos vecinos que eran amigos de mis padres se llamaba precisamente Sonia.

La fe se vivía sin la Biblia. Se la alimentaba con el catecismo, que todos teníamos que aprender de memoria -así, se suponía que quedaba grabado para siempre en el fiel- antes de hacer la Primera comunión; incluso se tomaba examen, igual que en los cursos del colegio. Además de esta memorización de frases incomprensibles para un niño de 7 años, el gran alimento eran las devociones, sobre todo a María y a diversos santos y santas. Cada creyente era libre de elegir sus devociones. Los sacerdotes, los religiosos y religiosas hacían propaganda a las suyas. En mi familia, casi la única devoción era el mes de María, rezado en casa.

En mis últimos años de colegio, en la primera mitad de los años 50 del siglo pasado, me tocó un poco de lectura de la Biblia en las clases de religión y en los encuentros de comunidades pequeñas que empezaron a promoverse. Empezaban a llegar a los fieles los primeros resultados de los esfuerzos desplegados por algunos pioneros desde el último cuarto del siglo XIX. Pioneros que sufrieron maltrato, incluso persecución, por parte de autoridades eclesíásticas, como suele suceder a los que proponen cambios. ¡Ya le sucedió a Jesús!

2. ¿Por qué el catecismo y las devociones habían suplantado a la Biblia?

Dar una respuesta fundada a esta pregunta exigiría varios volúmenes. Corro el riesgo de simplificar una historia muy compleja.

a) En Roma, después de los dos primeros siglos de la era cristiana, en los que la lengua de la gente era el griego, se produjo un movimiento de recuperación de los valores propios, la lengua y la cultura latinas. En los ambientes cristianos, hubo que traducir al latín tanto el Antiguo Testamento, traducido al griego unos dos siglos antes de Cristo, como el Nuevo Testamento, escrito íntegramente en griego. Pero desde fines del siglo IV empezó a producirse en el occidente latino un cataclismo cultural y religioso de incontrolable magnitud: diversas tribus germánicas migraron desde el este y empezaron a conquistar lo que quedaba del debilitado imperio romano. Tras varios siglos de luchas armadas, de mestizaje y de “conversiones” masivas al cristianismo -se convertía un rey germánico y con él debía bautizarse todo su pueblo- surgió la Europa feudal cristiana de la edad media, compuesta de muchos pequeños reinos, principados, ducados, etc. A fines del siglo VIII Carlomagno, luego de muchas guerras, logró reconstruir una cierta unidad, que se conoce como el “Sacro Imperio romano-germánico” y se coronó el año 800 como su primer emperador.

En el mestizaje de los pueblos germánicos con los habitantes del imperio romano en Europa fueron surgiendo las diversas lenguas modernas de occidente y las culturas de los pueblos europeos. Pero la iglesia cristiana no supo adaptarse plenamente ni a las lenguas ni a las nuevas culturas

emergentes. Se quedó encerrada en las formas culturales, en los ritos y la lengua del siglo V. La liturgia se siguió celebrando en latín, la teología se siguió pensando y enseñando también en latín, por lo que el clero debía aprenderlo. Como la Biblia no se tradujo a las lenguas que iban naciendo en los feudos, quedó sólo en manos del clero, que transmitía al laicado “ignorante” lo que le parecía adecuado o útil. Podemos decir que el clero “secuestró” la Biblia.

b) Un segundo paso en este secuestro tuvo como motivo la reforma protestante de la 1ª mitad del siglo XVI. Una de las principales reivindicaciones de Lutero y los demás reformadores fue devolver la Biblia al pueblo creyente. Para ello había que traducirla a las diversas lenguas de la gente de los diversos pueblos europeos. Fue una de las tareas que realizó Lutero, haciendo la primera traducción al alemán. Las autoridades eclesiásticas católicas, en vez de reconocer lo bien fundado de esta reivindicación, se situaron polémicamente en la vereda opuesta y defendieron lo establecido, acentuando el “secuestro” de la Biblia. Al inicio, se prohibieron las traducciones a las lenguas habladas por los fieles en sus países (las lenguas “vernáculos”); siglos más tarde se autorizaron, pero se prohibió su lectura al laicado, a menos que la autoridad eclesiástica se lo permitiera a alguna persona que pidiera permiso para leerla y diera razones convincentes. Podemos concluir que este segundo paso en el “secuestro” de la Biblia fue obra de la jerarquía eclesiástica.

c) Un tercer paso fue motivado por la aplicación a los escritos bíblicos de los métodos de la ciencia histórica que se estaba desarrollando desde los siglos XVII y XVIII. Estos métodos echaron por tierra la lectura fundamentalista de la Biblia, que consiste en creer que todo lo que se dice en ella es verdad revelada por Dios; por ejemplo, que Dios hizo la creación del universo en 7 días de 24 horas, como se lee en el primer capítulo del Génesis. La crítica histórica muestra que hay que leer cualquier texto de acuerdo a su “género literario”, que depende de la cultura de la época en que fue escrito. Así, lo que leído hoy puede parecer a nuestros ojos que es historia en el sentido actual, leído en el contexto de la época en que fue escrito puede resultar algo muy diferente. Este modo histórico-crítico de leer la Biblia empezó a derribar muchas construcciones teológicas basadas en una lectura ingenua y fundamentalista, que -en el fondo- lee los textos como si yo, el lector, los hubiera escrito. Esto provocó en sectores influyentes de la jerarquía católica un nuevo motivo para seguir encerrados de manera polémica y defensiva en la teología de los siglos medievales, en el catecismo y las devociones que se enseñaban al pueblo, cerrándose a este nuevo modo de entender la Biblia. El resultado de este tercer momento fue doble. Por un lado, se fortaleció el papel de la jerarquía en la custodia de la Biblia, por otro, surgió una nueva forma de “secuestro”, esta vez en manos de los científicos que aplicaban el método histórico-crítico, que sintieron que tenían la verdadera manera de leer y comprender la Biblia y despreciaban cualquier otra forma porque la consideraban no científica.

3. El concilio Vaticano II (1962-1965)

El concilio marca un hito muy decisivo en esta historia, porque recupera, al menos en principio, el valor central que tiene la Biblia en nuestra fe, en cuanto ella es la Palabra de Dios escrita, siempre viva y actual. Basten dos citas de la Constitución *Dei Verbum*, que trata sobre la revelación, la Escritura y la tradición.

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del

mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles. Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: 'Pues la palabra de Dios es viva y eficaz', 'que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados'" (DV 21). La primera parte de este número idealiza, a mi juicio, la historia real cuando dice que la iglesia "siempre" ha tenido la Palabra de Dios como su centro. Ese es ciertamente el ideal que la iglesia en su totalidad, como pueblo de Dios, habría debido vivir, pero que -como hemos visto- no siempre ha vivido adecuadamente. La segunda parte del número citado, en cambio, plantea con fuerza la tarea que tenemos por delante en la iglesia y que nunca terminaremos de realizar a fondo, debido a nuestra fragilidad humana, agravada por nuestro pecado.

Dado este valor que se reconoce a la Palabra de Dios escrita, en la Biblia, el concilio invita a todos los fieles a leer asiduamente la Biblia: "Es conveniente que los cristianos tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura. Por ello la Iglesia ya desde sus principios, tomó como suya la antiquísima versión griega del Antiguo Testamento, llamada de los Setenta, y conserva siempre con honor otras traducciones orientales y latinas, sobre todo la que llaman Vulgata. Pero como la palabra de Dios debe estar siempre disponible, la Iglesia procura, con solicitud materna, que se redacten traducciones aptas y fieles en varias lenguas, sobre todo de los textos primitivos de los sagrados libros. Y si estas traducciones, oportunamente y con el beneplácito de la Autoridad de la Iglesia, se llevan a cabo incluso con la colaboración de los hermanos separados, podrán usarse por todos los cristianos" (DV 22).

Sin embargo, la lectura de la Biblia plantea serias dificultades a muchos fieles laicos, quizá a la mayoría. La distancia cultural entre el mundo de los escritos bíblicos y el nuestro es tan abismal, que corremos el riesgo de sentirnos en un país completamente extraño, cuya lengua no comprendemos, cuyas costumbres no podemos compartir, de modo que preferimos no ir a él y quedarnos en el nuestro. Es el tema que toco a continuación.

